

en los tiempos anteriores. Hombres insignes, radiantes con la magnífica auréola que ciñeron con unánime aplauso de todos los países civilizados, resplandecen en las filas de los católicos; luego es una calumnia cuanto se ha dicho sobre la tendencia de nuestra religión á esclavizar y oscurecer la mente. No, no podía ser así: la que ha nacido del seno de la luz, no puede producir las tinieblas; la que es obra de la misma verdad, no ha menester huir de los rayos del sol, no necesita ocultarse en las entrañas de la tierra; puede marchar á la claridad del día, puede arros- trar la discusión, puede llamar al rededor de sí á todas las inte- ligencias, con la seguridad de que han de encontrarla tanto mas pura, mas hermosa y embelesante, cuanto la contemplen con mas atención, cuanto la miren mas de cerca.

CAPITULO LXXIII.

AL llegar al término de mi difícil empresa, séame lícito vol- ver la vista atrás, como el viajero que se repone de sus fatigas, dando una mirada al dilatado espacio que acaba de recorrer. El temor de que se introdujera en mi patria el cisma religioso, la vista de los esfuerzos que se hacian para inculcarnos los erro- res de los protestantes, la lectura de algunos escritos en que se establecía que la falsa Reforma era favorable al progreso de las naciones, todas estas causas reunidas me inspiraron la idea de trabajar una obra en que se demostrase que ni el individuo, ni la sociedad, nada le debian al Protestantismo, bajo el aspecto re- ligioso, bajo el social, bajo el político y literario. Propúseme exa- minar lo que sobre esto nos dice la historia, lo que nos enseña la filosofía. No desconocía la inmensa amplitud de las cuestio- nes que trataba de abordar, ni me lisonjeaba de poder dilucidar- las cual ellas demandan; emprendí no obstante mi camino, con

el aliento que inspiran el amor á la verdad y la certeza de que se defiende su causa.

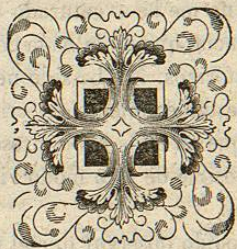
Al considerar el nacimiento del Protestantismo, procuré le- vantar la mirada tan alto como me fué posible; haciendo la de- bida justicia á los hombres, atribuí gran parte del daño á la mísera condicion de la humanidad, á la flaqueza de nuestro espí- ritu, á ese legado de maldad y de tinieblas, que nos trasmitió la caída del primer padre. Lutero, Calvino, Zuinglio, desaparecie- ron á mi vista: colocados en el inmenso cuadro de los aconte- cimientos se presentaron á mis ojos como figuras pequeñas, im- perceptibles, cuya individualidad no merecía ni de mucho la importancia que se les diera en otros tiempos. Leal en mis con- vicciones y sincero en mis palabras, confesé con sencillez bien que con dolor, la existencia de algunos abusos que se tomaron por pretexto para romper la unidad de la fé; reconocí que tam- bien les cabía una parte de culpa á los hombres; pero observé que cuanto mas resaltaban su debilidad ó su malicia, tanto mas resplandecía la providencia de Aquel que prometió estar con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos.

Echando mano del raciocinio y de la irrefragable experiencia, probé que los dogmas fundamentales del Protestantismo supo- nian poco conocimiento del espíritu del hombre, que eran un fecundo de error y de catástrofes. En seguida, volviendo mi aten- cion al desarrollo de la civilizacion europea, establecí un ince- sante parangon entre el Protestantismo y el Catolicismo; y creo poder asegurar que no me he aventurado á una sola proposicion de alguna trascendencia, que no la haya confirmado con la prue- ba de los hechos históricos. Me ha sido necesario recorrer todos los siglos desde el establecimiento del cristianismo, y observar las diferentes fases que en ellos habia presentado la civilizacion; porque no me era posible de otro modo vindicar cumplidamente á la religion católica.

El lector habrá podido observar que el pensamiento dominan- te de la obra es el siguiente: "Antes del Protestantismo la civi- lización europea se habia desarrollado tanto como era posible; el Protestantismo torció el curso de esta civilizacion, y produjo males de inmensa cuantía á las sociedades modernas; los ade- lantos que se han hecho despues del Protestantismo, no se han hecho por él, sino á pesar de él." He procurado consultar la

historia, y he tenido sumo cuidado en no falsearla; porque recuerdo muy bien aquellas palabras del Sagrado Texto *¿acaso necesita Dios de vuestra mentira?* Ahí están los monumentos á que me he referido, ahí están en todas las bibliotecas, prontos á responder á quien los interroge: leed y juzgad.

Ignoro si en la muchedumbre de cuestiones que se me han ofrecido, y que me ha sido indispensable ventilar, habré resuelto algunas de un modo poco conforme á los dogmas de la religion que me proponia defender; ignoro si en algun pasaje de la obra habré asentado proposiciones erróneas, ó me habré expresado en términos mal sonantes. Antes de darla á luz, la he sometido á la censura de la autoridad eclesiástica; y sin vacilar me hubiera prestado á su mas ligera insinuacion, enmendando, corrigiendo ó variando, lo que me hubiese señalado como digno de variacion, correccion ó enmienda. Esto no obstante, sujeto toda la obra al juicio de la Iglesia católica, apostólica, romana; y desde el momento que el sumo pontífice, sucesor de san Pedro, y vicario de Jesucristo sobre la tierra, hablase contra alguna de mis opiniones, me apresuraria á declarar que la tengo por errada, y que ceso de profesarla.



NOTAS.



(1) Pág 111.—El plan de la obra demandaba ocuparse con algun detenimiento de las comunidades religiosas, pero no consentia que se diese á esta materia todo el desarrollo de que es susceptible. En efecto: podriase en mi juicio, hacer la historia de las comunidades religiosas, de manera que conduciendo paralelamente la de los pueblos donde se han establecido, resultase demostrado por extenso lo mismo que en compendio llevo ya probado, á saber; que la fundacion de los institutos religiosos, á mas del objeto superior y divino que era su blanco, ha sido en todas épocas la satisfaccion de una necesidad religiosa y social. Por mas que no quepa en mis fuerzas el emprender un trabajo de tamaña importancia, capaz de arredrar, aun cuando únicamente se atendiese á la inmensa extension que exigiria su cumplido desempeño, quiero insinuar la idea, por si otro que se sienta con la capacidad, erudicion y tiempo necesarios para emprenderla, se resuelve á levantar á nuestro siglo ese nuevo monumento histórico-filosófico. Concebido el plan bajo este punto de vista, y subordinado á la unidad de objeto cuyo fundamento se ve en los hechos claros, se columbra en los oscuros, y se deja conjeturar en los ocultos, podria un trabajo semejante tener toda la variedad apetecible; que el asunto se brindaria á ella, convidando á descender á particularidades en extremo interesantes, que fueran como los episodios de un gran poema. La disposicion de los ánimos cada dia mas favorables á los institutos religiosos, merced al desengaño que va cundiendo con respecto á las negras calumnias que los protestantes y filósofos habian sabido inventar, y al escarmiento producido por las decepciones de vanas teorías, allanaria al escritor el camino, para que pudiese marchar con mas desembarazo. La senda está ya bastante